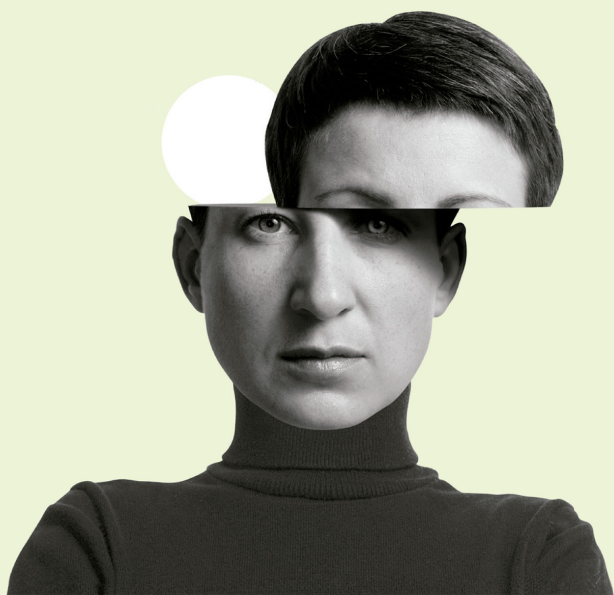


GABRIEL
ROLÓN

HISTORIAS
INCONSCIENTES

Vidas al límite



Gabriel Rolón
Historias inconscientes
Vidas al límite

Edición definitiva



HABITANTE DEL HORROR

La historia de Alejandro

*Todo el que quiere nacer
debe antes destruir un mundo.*

HERMANN HESSE

Recuerdo con precisión aquella mañana. Comencé a atender muy temprano, de modo que a las 11:30 ya había recibido a cinco pacientes, y el día no iba a cambiar. Un viaje por asuntos editoriales me había ausentado toda la semana de Buenos Aires y debía recuperar algunas sesiones perdidas. A pocos minutos de terminar una de ellas, el teléfono empezó a sonar de manera insistente.

No suelo atender llamadas cuando estoy trabajando, pero por aquel entonces todavía se utilizaban los contestadores automáticos y la persistencia fue tanta que finalmente el contestador respondió por mí.

La voz que escuché me puso en alerta de inmediato.

—Licenciado Rolón, por favor, si está ahí atiéndame. Necesito hablar con usted.

Mi primera intención fue bajar el volumen y continuar con la sesión, pero algo en esa voz me convocó a seguir escuchando un poco más. Aunque no podía imaginar lo que diría a continuación.

—Licenciado... en este momento tengo un revólver en la mano y estoy decidiendo si me mato o si me doy una oportunidad con usted.

Mi paciente se dio vuelta en el diván para mirarme.

—¿Es una broma? —me preguntó. Dudé un instante y le respondí que no.

Hay ocasiones en las que tengo la sensación de que el tiempo transcurre a una velocidad diferente. Como si de golpe el mundo *ralentara* y sólo mi pensamiento siguiera funcionando del modo habitual. Es una experiencia extraña, para nada mística. Cuando esto ocurre, en un mismo instante pasan por mi cabeza pensamientos diferentes, los considero, los evalúo y determino qué hacer. No lo he conversado con otros analistas, pero supongo que a todos aquellos que debemos decidir en pocos segundos sobre cosas tan importantes nos sucede algo parecido.

En esta ocasión, la duda que se me planteó fue si debía considerar a la persona que me llamaba como un psicópata, un manejador, alguien que utilizaba una amenaza tan grave sólo para ser atendido con premura, en los tiempos que él quería y manejaba o si, por el contrario, tenía que dar crédito a ese pedido desesperado. Pero después de tantos años de profesión he aprendido a discernir cuando lo que escucho es verdadero. No se trata de una deducción intelectual. Es una sensación corporal y emotiva al mismo tiempo. Difícil de explicar. Pero estaba seguro de que aquel pedido de ayuda era verdadero. Por eso interrumpí la sesión y atendí el teléfono.

—Hola —del otro lado de la línea escuché una respiración agitada—, ¿quién habla?

Silencio.

Somos Sujetos del deseo y la palabra, y sé que cuando alguien realmente decide morir corta su relación con el lenguaje. Por eso era fundamental hacerlo hablar.

—Dígame, ¿cuál es su nombre?

—Alejandro —me respondió, y después de una breve pausa agregó—, por favor, ayúdeme.

En ese momento supe que no me había equivocado. No se trataba de un psicópata. Lo supe de ese modo inexplicable en el que los analistas aprehendemos aquello que las palabras no alcanzan a decir. Algo que sólo se da cuando el Inconsciente del paciente se anuda al del analista y se establece un vínculo diferente a cualquier otro. Un vínculo que abre la puerta a la posibilidad de la cura. El nombre que damos a ese fenómeno tan particular es *transferencia*. Hice silencio. Sabía que si decidía hacer cualquier intervención bajo el efecto de esa transferencia debería hacerme cargo del caso, y en esos segundos que parecen eternizarse tomé la decisión.

—Alejandro, soy el licenciado Rolón. Mucho gusto. Hoy es un día muy complicado para mí y no tengo ningún horario libre —del otro lado de la línea me llegó un suspiro—, pero de todos modos me gustaría que viniera ya mismo al consultorio, ¿le parece? —y sin darle tiempo a pensar le pasé la dirección y repetí de modo imperativo—: Así que corta conmigo, se viene ya mismo para acá, se sienta y me espera. No sé cuanto pueda demorarme, pero le prometo que hoy vamos a hablar. Eso sí —agregué—, por favor, cuando venga no traiga el revólver. Detesto las armas.

Mi paciente, nada acostumbrado a estos avatares de la clínica, se sentó en el diván y me miró asombrado.

—¿Le dijiste que no trajera el revólver? —asentí—. ¿Y eso qué fue?

—Una broma.

Se quedó en silencio unos segundos.

—Ah, ¡qué gracioso! —ironizó—. ¿Y él qué hizo? —Pausa.

—Creo que sonrió.

En realidad, me había parecido percibir una sonrisa, y esa mínima sospecha alimentaba mi expectativa. Porque si había comprendido y participado de una broma, eso implicaba que todavía no había roto su relación con la palabra. Y si era así, aún podría hacer algo para ayudarlo. Al menos iba a intentarlo.

Alejandro llegó al consultorio una hora después de haber cortado conmigo. Era un hombre joven, de aproximadamente cincuenta años. Sin embargo, su aspecto era el de alguien mayor, ya cansado de vivir. Tenía una apariencia desalineada. Llevaba una barba de días y un gesto de tensión le contraía el rostro.

Lo hice pasar, lo traté con mucha amabilidad, incluso le ofrecí un café mientras esperaba, cosa que no suelo hacer, y volví a mi sesión. Casi dos horas y media después la ausencia de una paciente me dio el espacio para que pudiéramos hablar.

El lugar en el que atiendo es amplio y para llegar a él hay que pasar por una especie de túnel oscuro de concreto que genera la sensación de estar entrando en otro espacio, en otro tiempo.

A la izquierda está el sitio que reservo para la atención de los pacientes, ya se trate del sillón para trabajar cara a cara o el diván. En el medio, el escritorio en el que escribo, estudio y tengo las entrevistas preliminares. A la derecha, un piano le da un poco de dulzura al ambiente, a la vez que me brinda la posibilidad de distenderme en mis momentos libres.

Alejandro entró nervioso, caminó hacia la izquierda y se paró frente a la ventana que da a la calle dándome la espalda. Luego giró hacia mí, que lo esperaba de pie al lado del escritorio. Sacó de uno de los bolsillos de su campera

un paquete de cigarrillos y extrajo uno. Después revolvió los demás en busca del encendedor, el cual se le cayó de las manos. Estaba muy nervioso y yo, desde mi lugar, intentaba registrar cada uno de sus movimientos.

Lo gestual, sobre todo en las primeras entrevistas, juega un papel fundamental y, sin embargo, es algo que muchos analistas desestiman. Es sabido que en un análisis se privilegia la palabra, pero ese lenguaje no verbal, sobre todo cuando recién conocemos a un paciente, brinda una información de muchísima importancia.

En este caso, por ejemplo, me daba cuenta de la profunda tensión que sentía Alejandro, del sufrimiento, incluso corporal, que estaba experimentando, lo cual develaba el grado de angustia que sentía. Un grado tan alto que ya no podía ser contenida solamente con el padecimiento físico. Intuí también que no iba a ser fácil hacerlo hablar ya que, cuando el cuerpo se hace cargo del dolor, volver a la palabra suele demandar un tiempo de trabajo prolongado. Pero para eso estaba yo. Hace mucho aprendí que el mayor enemigo de un analista es la impaciencia.

Le agradecí que hubiera esperado, me senté detrás del escritorio y le señalé la silla frente a mí. Él se acercó sin dejar de mirar la mesa baja y la biblioteca, como si estuviera buscando algo.

—Disculpe, ¿no tendría un cenicero? —preguntó al tiempo de sentarse.

—No.

Hizo un gesto de contrariedad.

—Entonces, acá no se puede fumar —asentí—. Uh, qué cagada.

—¿Por qué?

—Porque yo estoy mucho más tranquilo si puedo fumar.

—Lo entiendo —dije con suavidad—. Se imagina que no es nada personal. Pero en el consultorio prefiero que no se fume. Suspiró.

—Está bien. Entiendo. No se preocupe, sé cumplir reglas, fui soldado. Estuve en Malvinas.

Me quedé mirándolo mientras procesaba lo que me había dicho. La Guerra de Malvinas es un tema ante el cual tengo una especial sensibilidad. Recuerdo con toda precisión aquel 2 de abril de 1982. Trabajaba como docente en un colegio secundario y al llegar esa mañana, el ambiente estaba convulsionado. La directora buscaba algún casete en el que estuviera la marcha de las Malvinas. Uno de los profesores escribía rápidamente un esbozo de discurso y me dijo que formaríamos a todos los alumnos en el patio. Yo, que había salido de mi casa sin tener noción de lo ocurrido esa madrugada, me sorprendí cuando uno de mis compañeros me dijo:

—¿Viste? Recuperamos las islas.

—¿De qué islas me estás hablando?

—De las Malvinas.

Ante mi gesto de confusión me explicó lo acontecido. Me costaba entender. ¿De verdad habíamos recuperado las Malvinas? ¿Así, tan fácil? Y los ingleses, ¿no iban a hacer nada? Pero todos estaban tan exultantes que no pude evitar emocionarme por la noticia. Desde ese día hasta el final de la guerra, cada mañana en el patio del colegio se cantó aquella marcha que todavía recuerdo.

Con el paso de las semanas, la emoción fue transformándose en angustia. Los pueblos latinoamericanos, los de la Patria Grande, casi en su totalidad apoyaron a Argentina, pero percibí muy pronto que de nada valdrían ni ese apoyo ni el hecho de tener la razón: no podía ganarse esa guerra. Cuando el 14 de junio llegó la rendición, la euforia mudó en

una bronca indignada que marcó el comienzo del final de la época más trágica de nuestra historia. Al grito de “Se va a acabar la dictadura militar”, la gente ganó la calle y obligó a llamar a elecciones. Pero lejos del bullicio, en un silencio vergonzoso, *Los chicos de Malvinas* retornaron ignorados por casi todos.

Vino a mi mente el recuerdo de un excombatiente que llorando se preguntaba qué había hecho mal para que lo volvieran escondido al país. “Fui, peleé por mi patria, pasé frío, maltrato y hambre. ¿De qué tenía que sentirme culpable?” Pero el mundo actual, desgraciadamente, parece valorar solamente a los que ganan sin darse cuenta de que hay éxitos que avergüenzan y derrotas que enaltecen.

La voz de Alejandro me sacó de mis cavilaciones.

—Bueno, supongo que tengo que hablar, ¿no?

—Al menos eso dijo cuando me llamó, ¿lo recuerda? Que quería hablar.

—En realidad —continuó luego de una breve pausa—, lo que quería era morirme.

Me sonreí.

—Ah, bueno, me alegro, entonces.

Alejandro me miró sin comprender, esperando una explicación.

—Claro —seguí hablando—, porque cuando me llamó hace un par de horas y me dijo que tenía un revólver en la mano, pensé que se quería matar. Pero ahora veo que no. Que apenas si se quería morir. Y no es lo mismo, ¿no? —pausa—. ¿Por qué, Alejandro? ¿Por qué se quiere morir?

Él se tomó un tiempo y se movió inquieto en la silla. Cuando habló su voz sonaba muy angustiada.

—Porque no doy más. No puedo seguir.

—¿Con qué no puede seguir?

—Con esta vida. Hace tiempo que estoy mal, pero ahora todo empeoró. Tengo miedo.

—¿A qué?

—A la noche, la oscuridad. Las sombras no me dejan dormir, y tal vez es mejor que sea así.

—¿Por qué dice eso?

—Porque cuando duermo tengo unos sueños espantosos. Niega y se muerde los labios. Sus manos se retuercen sobre sus piernas en una clara muestra de ansiedad.

—¿Qué tipo de sueños?

Alejandro hace una pausa, como si tuviera miedo de poner en palabras aquellas imágenes que lo abruman cada noche.

—Veo las caras de mis compañeros, oigo sus voces; sus voces que me atormentan.

—¿Y qué le dicen esas voces?

Se resiste. Noto la lucha que se libra en su interior.

—Me dicen: “No hiciste nada. Nos dejaste acá”.

Después de una pausa levanta la cabeza y me mira a los ojos, como si estuviera dándome explicaciones.

—Pero ¿qué podía hacer yo? Si cuando entré a ese infierno era un chico que ni siquiera sabía limpiarse el culo —aprieta sus ojos con rabia—. ¿Sabe cómo fue? Fácil. Me dieron un fusil y arreglate, hermano; andá y hacé lo que puedas —se quiebra—. Fue tan difícil estar ahí.

Lo miro y siento el peso de esa angustia que se adueña del consultorio. Conozco la sensación. Hace años que convivo con ella y, sin embargo, no puedo acostumbrarme. Por suerte.

Alejandro llora un dolor presente y antiguo a la vez. Le ofrezco un vaso de agua que él acepta y bebe de modo pausado. En un momento, al mirarlo, tuve una sensación rara. Podía sentir que su angustia era real y, sin embargo, algo no terminaba

de cerrar en su relato. Algo que no sabía qué era, pero tomé nota de eso, aunque por el momento todavía no tuviera importancia. Lo único importante era que Alejandro había hablado y llorado su dolor y eso me hizo sospechar que su arrebatado suicida había pasado.

Luego de unos minutos decidí dar por terminada la entrevista. Arreglé con él para verlo tres días después y seguir conversando. Algo me decía que Alejandro era un enigma. Un enigma que quería descifrar.

Al iniciar nuestro segundo encuentro volvió a centrarse en la guerra.

—Le juro que no se lo deseo ni al peor de mis enemigos.

—¿Qué cosa?

—Aquel infierno.

Alejandro sigue conmovido por su relato, pero de todos modos decido cambiar de tema.

Es sabido que la regla fundamental del Psicoanálisis es lo que llamamos asociación libre, ese acuerdo que hacemos con el paciente por el cual él se compromete a decir lo primero que le venga a la mente, sin seleccionar si le parece importante o no. Simplemente dejando fluir sus palabras. Sin embargo, a pesar de que ese relato guía la sesión, es el analista quien dirige la cura. Y amparado en esa potestad que me da mi técnica le propongo un nuevo tema.

—Cuénteme, ¿con quién vive?

Me mira sorprendido por el viraje repentino.

—Con Marcela, mi mujer, y mi hijo, Facundo.

—¿Y cómo se lleva con ellos?

—Bien. Mi mujer es maravillosa. La conocí en el 83, y siempre fue un apoyo para mí. Me bancó en todo; y mire que no fue fácil. Pero ella aprendió a respetar mis tiempos, mi silencio.

—¿Y su hijo? —Alejandro suspira.

—Facundo siempre fue un buen chico, a pesar de su carácter fuerte.

Lo dice remarcando la frase, y ese énfasis denuncia que detrás de ella puede haber algo más.

—¿Le molesta eso?

—¿Qué cosa?

—El carácter fuerte de su hijo.

Sonríe.

—No, qué va. ¿Sabe?, la vida es un lugar muy difícil, y sólo sobreviven los fuertes.

Lo dice seguro, de manera contundente, sin embargo, noto un gesto de contrariedad.

—¿Pero?

Pausa.

—Nada; sólo que desde hace un tiempo nuestra relación se complicó un poco.

—¿Y tiene idea por qué? —levanta sus hombros—. Creció, supongo. Y quiere saber, me vuelve loco con sus preguntas.

Lo miro.

—¿Está seguro de que se trata de eso?

—No entiendo.

—Lo que quiero decir es si de verdad le molestan tanto las preguntas de su hijo. ¿No será que, a lo mejor, usted le teme a las respuestas?

Alejandro se pone serio y baja la mirada. Sé que por ese camino deberé seguir.

Al finalizar esa sesión acordamos empezar el análisis. Transcurrido un mes de aquel comienzo, el conflicto con su hijo volvió a hacerse presente.

—Facundo quiere saber. Todo el tiempo me pide que le cuente cosas de la guerra, cosas que yo no quiero recordar. Pero él insiste e insiste con que le hable de la nieve, de los ingleses. Y yo, la verdad es que no sé qué decirle.

—Bueno, Alejandro. Es de esperar que él quiera saber lo que usted vivió en la guerra, ¿no le parece?

—No. ¿Para qué? Después de todo, lo que yo pasé no tiene nada que ver con él.

Alejandro nunca había hecho análisis hasta este momento y, por lo que veo, tampoco ha leído sobre el tema y desconoce la importancia que los orígenes tienen en la psiquis de toda persona, por eso decido explicárselo.

—Se equivoca. Todo lo que a usted le haya pasado tiene que ver con él. Porque usted es su padre, y eso implica que su vida forma parte de la historia de su hijo. Alejandro, sepa que todos existimos mucho antes de nacer. Existimos en el deseo o no de nuestros padres por tenernos, en la fantasía que se hicieron acerca de nosotros, en el motivo que los llevó a elegirnos un nombre. ¿Por qué usted se llama Alejandro? ¿Qué significó ese nombre para sus padres? Créame. Todo lo que tenga que ver con la historia de los padres, bueno o malo, resulta fundamental en la vida de los hijos. Forma parte de su verdad.

Se muestra inquieto y se pone de pie. Yo permanezco sentado.

—¿Pasa algo? —le pregunto.

—No aguanto más. Necesito un cigarrillo. Voy a salir.

—Sí, claro. Vaya, si quiere.

Alejandro se levanta y camina hacia la puerta. Yo lo sigo. Abre la puerta y ni bien pisa la vereda saca un cigarrillo y lo enciende y le da una pitada profunda. Lo miro y tomo una decisión.

—Lo espero la próxima, entonces —digo con una sonrisa y cierro la puerta.

Sabía que del otro lado Alejandro estaría sorprendido y, de seguro, enojado.

Muchos tienen la idea de que la única intervención de un psicoanalista es el silencio, pero no es así. Por el contrario, podemos preguntar, alentar o desalentar la decisión de un paciente, interpretar un sueño, un chiste o un lapsus. Pero hay una intervención mucho más difícil: el acto analítico. Y en esa ocasión yo había decidido realizar un acto *analítico*. Di por cerrada la sesión cuando Alejandro salió a fumar y le cerré la puerta en la cara. Supuse que ese acto tendría consecuencias; y no me equivoqué.

Al comenzar nuestro próximo encuentro estaba distante.

—Hoy casi no vengo.

—¿Por qué?

—Porque el otro día me fui mal, enojado.

—¿Y cuál fue el motivo? —Me mira furioso—. ¿Me está cargando? Usted me echó.

En situaciones como esas, lo más importante es no dejarse impregnar por la emoción del paciente y permanecer calmo. Por eso pongo especial énfasis en que mi tono suene tranquilo y amable.

—Eso no es cierto, Alejandro. Yo no lo eché. Usted decidió levantarse, ir hasta la puerta, abrirla y salir a la calle.

—Sí, pero para fumar y volver. Y usted me cerró la puerta en la cara.

Está visiblemente molesto y mi gesto inmutable pareciera incomodarlo aún más.

—Mire —me increpa—, ya sé que aquí juego con sus reglas, pero ¿sabe qué?, estoy hartos.

—¿Harto de qué?

—De cumplir las reglas que me imponen los demás. —Con-
testa molesto—. Toda mi vida la pasé cumpliendo las reglas
que me impusieron los demás.

Es común que se hable de “la escucha” del analista. Pero
si algo he aprendido, es que no se trata sólo de eso. Quien
más, quien menos, casi todo el mundo escucha. El arte que
requiere el Psicoanálisis, incluso lo que nos diferencia de
otros analistas, es la lectura que cada uno de nosotros hace
de aquello que escucha. Y en esa situación, cualquiera hu-
biera escuchado la rabia y el dolor con el que él dijo aquella
frase. Pero yo leí algo más.

—¿Toda su vida? Alejandro, la guerra duró apenas unos
meses. Entonces usted me está hablando de otra cosa, ¿de
qué está hablando en realidad?

Se pone aún más tenso. Se mueve en el sillón sin decir
nada y yo sé que, cuando la palabra calla, es porque algo
en el paciente se resiste a develar algún secreto. Pero es
mi deber profesional acompañarlo hacia ese misterio. Y
algo me decía que el misterio de Alejandro estaba en su
historia.

—¿Sabe? Nunca me ha contado nada acerca de su infan-
cia. Dígame, ¿cómo eran sus padres?

Me mira entre sorprendido e incómodo.

—¿Qué sé yo? Normales, supongo; como todos los pa-
dres —pausa—. Aunque, para ser sincero, casi ni los recuerdo.
Murieron en un accidente cuando yo era muy chico.

Asiento.

—¿Algo más que pueda decirme?

—¿Qué más?

—Lo que sea. ¿Qué hacían, de qué trabajaban? —Me mira y
comienza una respuesta obligada—. Bueno, mi vieja era ama de

casa y mi viejo... —se interrumpe enojado—: Dígame, ¿adónde quiere llegar con todo esto? ¿Qué es lo que quiere saber?

Nos miramos unos segundos en silencio.

—Por lo que veo, no son sólo las preguntas de su hijo las que le incomodan.

La reacción de Alejandro es intempestiva. Se levanta y agarra sus cosas como para irse. No me muevo de mi sillón y le hablo, tranquilo, pero firme.

—Mire, yo no sé qué reglas le impusieron en el pasado que le hicieron tanto mal. Pero sé cuáles funcionan en este espacio. Y aquí, el que decide cuándo termina la sesión soy yo.

Alejandro, que había empezado a caminar hacia la puerta, se frenó, su mirada tomó un tinte diferente y su actitud semejó la de un chico al que están retando.

—Por lo visto —continuó— es evidente que hay cosas de las que no quiere, o no puede hablar todavía. Pero me gustaría que lo intentara —vuelve a sentarse y siento que la intervención lo ha instalado en un lugar en el cual podemos continuar trabajando—. ¿Se acuerda? Usted me dijo que desde hace un tiempo empezaron las pesadillas y los temores nocturnos. ¿Desde cuándo?

Duda.

—No lo sé. Un año, quizás un poco más.

—¿Y qué pasó en ese momento que pudiera haberlos provocado?

Mira hacia abajo, luego hacia los costados, y me doy cuenta de que está esquivando mi mirada. Es una de las consecuencias de elegir no utilizar el diván: lo gestual en general, y las miradas en particular, juegan un papel trascendente.

—No lo sé.

—¿Está seguro? —me observa como si fuera un chico descubierto. Está asustado y puedo percibir que se siente

amenazado por mí. De todos modos, no pienso detenerme justo en ese momento—. Alejandro, usted aquí puede hablar de lo que quiera. Puede callar o, incluso, hasta puede mentir. Pero, dígame, ¿hasta cuándo piensa escaparse de eso que tanto lo atormenta?

Se hace un pesado silencio que dura unos minutos, al cabo de los cuales me pongo de pie dando por terminada la sesión.

—Ahora sí, vaya. Nos vemos la próxima.

Un analista no debe contentarse con comprender lo que el paciente quiere decir. Muy por el contrario, su oído debe tomar nota de la manera en la que cuenta aquello de lo que habla. Cómo construye su relato. Con qué palabras. Porque, en definitiva, son las palabras las que nos indican el camino hacia ese lugar pasado y reprimido donde yace el origen de su padecimiento. Las palabras. En el discurso de Alejandro, dos palabras se imponían: noche y sombras.

Por eso tomé el riesgo de realizar un nuevo acto analítico. Y aun sabiendo lo que aquellas palabras le generaban le cambié el horario de una de sus sesiones y le pedí que viniera por la noche. El clima del consultorio es diferente, la luz es tenue y el ámbito, algo más sombrío. Ni bien entró, notó la diferencia.

—Está raro acá.

—¿Raro?

—Sí, no sé... está oscuro. —Asiento.

—¿Le molesta?

—No, no —responde sin convicción.

Sostengo unos segundos su silencio antes de hablar.

—¿Sabe, Alejandro?, estuve pensando en lo que hablamos. Dígame, ¿cuándo dijo que empezaron sus terrores nocturnos?

Duda.

—Ya le dije, desde hace un tiempo. No puedo precisar cuándo.

Sus palabras me hacen eco.

—“Desde hace un tiempo” —lo cité—. Es la misma frase que utilizó para referirse al malestar que siente con su hijo. ¿Cree que puedan estar relacionadas una cosa con la otra?

Se hace un silencio.

—Puede ser; no sé.

Nuevamente se está resistiendo, pero otra de las tareas de un analista es ayudar a que su paciente venza esas resistencias.

—Usted dijo que su hijo le preguntaba cosas que no quería responder. ¿Qué cosas?

—Ya le dije. Cosas sobre la guerra. Primero me pidió que lo llevara a las reuniones de excombatientes.

—¿Y usted lo llevó?

—No. Claro que no.

—¿Por qué?

—Porque no tenía ningún sentido. ¿Qué iba a hacer él ahí, en medio de todos los veteranos? Era una locura. Así que no. Punto —cierra de modo agresivo.

—¿Y después?

—Después me pidió que lo llevara a las marchas —lo interrogo con la mirada—. No, claro que no. ¿Para qué iba a venir conmigo a las marchas? Pero pasó el tiempo e insistió en que le contara todos los detalles...

—¿Qué detalles?

—Detalles sobre la guerra.

—¿Pero qué detalles específicos quería saber su hijo?

Me mira desencajado y grita.

—Detalles de cómo mierda es dormir en una trinchera, pelear en la nieve con los ingleses o ver morir a un amigo. No me parecía que tenía que contarle esas cosas.

—¿Por qué no?

—Porque era un chico.

Lo siento titubear. No está diciendo la verdad y debo impulsarlo a que la diga.

—Claro, lo entiendo. Esas no son cosas que uno le pueda contar a un chico —asiente aliviado—. Pero yo no soy un chico. Así que, cuénteme. ¿Cómo es dormir en una trinchera? ¿Cómo es combatir bajo la nieve? ¿Qué se siente al matar? ¿Cómo es ver morir a un amigo?

Hago una pausa. Alejandro baja la mirada.

—¿Se acuerda de que me dijo que cuando Facundo le preguntaba estas cosas usted no sabía qué decirle? Bueno, por lo visto, a mí tampoco. ¿Por qué? ¿Por qué no tiene nada que decir acerca de un hecho tan importante de su vida?

De pronto, para mi sorpresa, escucho un quejido, casi un alarido que invade el consultorio y Alejandro estalla en un llanto desconsolado y durante tres o cuatro minutos llora con desesperación, hasta que puede hablar.

—¿Sabe por qué no puedo decir nada de eso? —pausa—. Porque es mentira. Porque no fui a esa guerra... porque nunca estuve en Malvinas.

Silencio.

—¿Y por qué mintió durante todos estos años?

Está conmovido, vulnerable, pero debo seguir.

—Porque yo no existo. Todo en mi vida es una mentira.

—Eso no es cierto. Mírese. Esta angustia es verdadera, ¿no le parece? —asiente—. Alejandro, a lo mejor usted mintió para tapar algunas verdades que le resultan demasiado dolorosas. —Pienso—. Usted dijo que cuando entró a ese

infierno era un chico que ni siquiera sabía limpiarse el culo, ¿lo recuerda?

—Sí.

—Dígame, ¿qué edad tenía? O no. Mejor aún, ¿de qué infierno me estuvo hablando?

Se toma unos segundos antes de responder.

—Gabriel, usted me preguntó hace unas sesiones por mis padres, qué hacían, de qué trabajaban, y yo no tenía nada para decirle. ¿Sabe por qué? —me mira fijo—. ¿Quiere la verdad?

Le devuelvo la mirada sin hacer gesto alguno.

—Porque no lo sé. Porque no tengo ni la más puta idea —pausa—. ¿Y sabe por qué?

—No.

—Porque no conocí a mis padres. Simplemente me tiraron en un orfanato cuando yo tenía un año y nunca más vinieron a verme. Nunca más.

Vuelve a llorar y me doy cuenta de que está descargando una angustia contenida durante años.

—Es cierto —continúa—, yo nunca estuve en Malvinas, pero le juro que sé lo que es el frío, el hambre, la soledad y el maltrato.

En momentos como estos, para poder seguir, los pacientes necesitan sentir que el analista es capaz de alojar su dolor. Y esa es, entonces, la intervención que decido jugar.

—Lo imagino, Alejandro. Pero, dígame, si nunca estuvo en Malvinas, ¿de quiénes son esas caras que lo atormentan en sus sueños?

Suspira.

—De mis compañeros del orfanato.

—Pero, ¿por qué lo persiguen? Usted dijo que en sus pesadillas le reprochaban que los hubiera abandonado allí.

Hable de eso.

—¿Sabe?, aquello nunca fue un lecho de rosas. Por el contrario, siempre fue un lugar difícil. Pero en un momento empeoró aún más.

—¿Por qué? ¿Qué pasó?

—Pasó que nos mandaron un director tremendo, perverso, que nos castigaba todo el tiempo, por cualquier cosa, y que incluso...

Se interrumpe.

—¿Que incluso qué?

—Que incluso abusó de algunos de los chicos. —Pausa.

Lo miro y no necesito preguntar. Sé que él ha sido uno de esos chicos. Sus ojos se humedecen.

—Hasta que una noche dije basta.

—¿Quiere contarme qué pasó esa noche?

—No, deje... ya está. Ya pasó.

—No, Alejandro. No se equivoque. Eso no pasó. Eso le sigue pasando a cada momento. Es lo que lo atormenta, lo que lo obliga a mentir. Así que, por favor, sáqueselo de encima de una vez. Confíe en mí y cuénteme qué pasó esa noche.

Siempre he sentido que el consultorio es el único lugar capaz de albergar al mismo tiempo tanto dolor, tanta angustia y tanta pasión por la verdad. Una verdad que Alejandro ahora estaba dispuesto a compartir conmigo.

—Me acuerdo de que se había desatado una tormenta tremenda. Llovía y se había cortado la luz en todo el pueblo. Y yo sentí que ese era el momento justo para irme. Que me tenía que escapar. Ya les había dicho a los chicos que iba a escaparme. Sabía cómo hacerlo. Ya lo tenía planeado. Era riesgoso, sí, pero yo estaba dispuesto a todo con tal de salir de ahí. Así que en medio de la oscuridad agarré lo poco que pude y me escapé... pero justo antes de que lo hiciera

se acercaron algunos de mis amigos y me pidieron que los llevara conmigo. Pero yo tenía que irme, y no podía llevarlos. Porque no podía hacerme cargo de ellos. Eran muy chicos, ¿me entiende?

—Claro. Muy chicos. Como su hijo, ¿no?

Silencio.

—Es verdad —prosigo—, ellos eran muy chicos. Y lo que dice es cierto; no podía hacerse cargo de ellos. ¿Sabe por qué? Porque usted también lo era. Es cierto, no pudo ayudarlos a salir de ese infierno, pero por favor perdónese y no se torture más. Entienda que no pudo hacer nada porque usted era tan vulnerable como ellos. Pero ya no lo es y ahora, en su vida, sí hay un chico al que puede ayudar. —Me mira—. Su hijo, Facundo. Alguien que, con justo derecho, le está reclamando una historia que también le pertenece, ¿no cree?

Hace un gesto de asentimiento. Está descorazonado.

—Ya lo sé, pero ¿qué quiere que haga? No puedo contarle la verdad.

—¿Por qué no?

—¿Y con qué cara lo voy a mirar después? —se cubre el rostro y llora—. Me quiero morir.

Alejandro dice que se *quiere* morir. Como cuando me llamó por teléfono por primera vez, e intuyo que por la misma razón que entonces. Pero ahora es diferente porque ya no está solo. Tiene su espacio, su análisis, y desde este lugar algo podemos hacer para modificar la situación, para que esta no sea una mera repetición de ese sentimiento de orfandad sin salida que lo recorre desde siempre.

En ocasiones como estas, en las que el paciente devela una verdad tan dura y está tan frágil, hay que cuidar especialmente las palabras que se usan. Por eso me tomo unos segundos antes de intervenir.

—¿Se quiere morir? Bueno, ¿sabe qué?, me parece bien. Creo que es hora de que se muera —me mira desconcertado—. De hecho, usted me dijo que no quería seguir más con esta vida, ¿lo recuerda?

—Sí.

—Y bueno, no siga. Pero puede intentar cambiar esta vida que ya no soporta por otra.

—¿Otra?

—Sí. Una vida en la que no tenga que esconder su pasado —pausa—. Alejandro, usted fue una víctima y no tiene de qué avergonzarse.

Se pasa la mano por la cara, seca algunas lágrimas, y habla de modo entrecortado.

—Es que yo quería que Facundo estuviera orgulloso de mí, que pensara que yo era alguien.

Lo interrumpo.

—Usted es alguien. Pero esa historia tremenda de la que intenta escaparse es parte de su vida. Y va a tener que asumirlo y vivir con eso, porque esa es su verdad.

Su cara se transfigura y vuelve a tener la expresión de ese niño triste que no sabe cómo pedir ayuda.

—¿Y qué tengo que hacer?

Le respondo firme, pero con ternura.

—Mate al soldado de Malvinas. Renuncie a la mentira detrás de la cual se viene escondiendo desde hace tanto tiempo. Deje de ser un sobreviviente y apueste al desafío de vivir.

Me mira desconcertado.

—Y eso, ¿cómo se hace?

—No lo sé. Pero Facundo y Marcela lo aman, y quieren saber de usted. A lo mejor podría contarles acerca de esa guerra que libró mucho antes del 82 en ese infierno que según me dijo no le deseaba ni a su peor enemigo.

Alejandro está conmovido. Ha sido una sesión muy dura, pero es momento de darla por terminada. Sé que se irá movilizado, angustiado incluso, pero así debe de ser. Ahora está en sus manos. Gran parte del análisis no transcurre en el consultorio, sino en la soledad de ese paciente que tiene que decidir qué hacer con sus temores y su verdad.

Durante muchas semanas trabajamos sobre esto. Alejandro tenía miedo de lo que pudiera pensar su familia cuando les develara el secreto. Fueron sesiones intensas y movilizantes, en las que habló por primera vez en su vida del orfanato, de aquellas noches encerrado, del ruido del candado al cerrar el salón en el que dormía junto a otros chicos en camastros de hierro con colchones insuficientes. Habló incluso de la sombra que lo atormentaba cada noche: aquel director perverso que lo abusó durante tanto tiempo.

Son muchos los horrores que debo escuchar en el consultorio, y en más de veinte años de profesión he sabido de historias tremendas. Pero nada, jamás, me ha causado tanto dolor, tanta impotencia como el relato de un abuso. Esa situación en la que alguien ha quedado indefenso y asustado frente a un otro poderoso que decide qué hacer con su vida y, sobre todo, con su cuerpo.

Le costó mucho, hasta que al final tomó la decisión de hablar con su familia.

—Fue difícil, pero lo hice.

—Cuénteme.

—¿Sabe?, yo no sabía que tenía tanta tristeza adentro.

—¿Y cómo fue?

—Al principio me costó, pero una vez que empecé no podía parar. Mi mujer y mi hijo lloraban y me abrazaban. No sabe cómo me contuvieron. Hablé más de dos horas.

Asiento.

—¿Y cómo se sintió después?

Por primera vez en tantos meses me devuelve una sonrisa.

—Aliviado. Como si por primera vez pudiera mirarlos sin sentir vergüenza. Pero esto no va a ser fácil.

—¿Por qué lo dice?

—Porque me preguntaron tantas cosas de mí y de mi historia que me di cuenta de que en realidad no sé quién soy.

—¿Y le gustaría saberlo? —Duda—. No lo sé. Tengo miedo.

Es natural que lo tenga. Es un hombre que ha vivido torturado por una culpa injusta y que debe aprender a darse espacio para resolver las cosas.

—Bueno, no hay apuro. Después de todo, dispone del tiempo que necesite y además, ¿quién le dice? A lo mejor esa energía que gastaba sosteniendo una mentira, ahora puede utilizarla para pelear contra el miedo. —Sonríe nuevamente—. ¿Qué pasa?

—Que Facundo y Marcela me dijeron que les gustaría conocer el hogar en el que estuve.

—¿Y usted? ¿Tiene ganas de volver a ese sitio? —Menea la cabeza.

—Tampoco lo sé. Tengo todo tan confuso.

—Lo imagino. Pero al menos ya no está solo. Su familia está a su lado y, por lo que veo, están orgullosos de usted.

Unas lágrimas aparecen en sus ojos.

—Gabriel, no sé cómo agradecerle. Estoy dolido, hecho mierda, pero al menos ya no me quiero morir. Y se lo debo a usted.

Me levanto y le sonrío.

—No, Alejandro. A mí, no. Se lo debe al análisis. Por eso, ¿qué le parece si seguimos, pero en otro sitio?

Me mira confundido, y yo le señalo el diván.

Él lo observa extrañado.

—¿Qué, quiere que me acueste ahí? —Asiento.

—Me parece un buen momento para empezar. No voy a darle opción ya que esa es una decisión del analista.

Permanezco en silencio sin hacer gesto alguno. Alejandro duda un instante, pero luego deja el paquete de cigarrillos sobre la mesa y se acuesta.

—Y bueno. Después de todo —me sonrío—, aquí las reglas las pone usted.

LA PALABRA EN PSICOANÁLISIS

Una de las características que tienen las palabras es que pueden significar cosas diferentes. Por eso es tan importante, cuando se quiere exponer una teoría, aclarar a cuál de esos sentidos nos estamos refiriendo.

He escuchado muchas veces decir que la palabra “cura”. Pero ¿esto es así? Ciertamente no y, en todo caso, es indispensable establecer cuáles son las condiciones necesarias para que ese poder curativo pueda tener efecto.

Para el Psicoanálisis no se trata de cualquier palabra. No es, por ejemplo, el mismo concepto que utiliza la teoría de la comunicación, la lingüística o incluso las otras terapias psicológicas.

Tomemos como ejemplo el modelo clásico de la teoría de la comunicación para instalar algunas diferencias.

Este modelo considera la comunicación como un proceso que le permite a alguien (emisor) transmitir una información a otro (receptor). Para esto utiliza un código común que ambos entienden y comparten.

En este sentido, convengamos que la comunicación no es un fenómeno único del ser humano. También hay comunicación animal. Las abejas, por ejemplo, realizan una danza que les permite informar a sus compañeras de colmena hacia dónde deben dirigirse para encontrar polen. La diferencia, y creo que esta ironía pertenece a Lacan, es que nunca una de ellas las enviaría a sus hermanas hacia una dirección equivocada sólo para hacerles una broma. Esto es ya un privilegio de la comunicación humana que implica un proceso más complejo, porque requiere de una elaboración, tanto por parte del emisor como del receptor, para transmitir lo que se desea comunicar. Por lo general, este proceso se lleva adelante con la intención de satisfacer alguna necesidad de las partes.

Tenemos, entonces, cuatro elementos:

Emisor: aquel de quien procede el mensaje.

Receptor: el que recibe o interpreta el mensaje.

Mensaje: la información que se transmite.

Código: el idioma que usan ambos para entenderse.

Desde este esquema conceptual, queda claro que la palabra forma parte del código que un ser humano utiliza voluntariamente para comunicar lo que quiere a otro que lo decodificará, y a partir de esta comprensión generará una respuesta adecuada.

Como podemos ver, este modelo supone que la comunicación es un hecho perfectamente posible.

Lo cierto es que al Psicoanálisis no le interesa esta teoría. No son los conceptos con los que trabajamos los analistas ni es esta la palabra que nos importa.

Pero antes de avanzar recorramos un poco el campo de la lingüística.

La lingüística planteó un modelo diferente al del esquema de la comunicación. Ferdinand de Saussure definió la lengua como un conjunto de convenciones adoptadas por el cuerpo social para ser

utilizadas por los individuos. La lengua es, por lo tanto, *exterior* a quien habla. Algo impuesto por la cultura.

En su *Curso de lingüística general*, desarrolla el concepto de signo lingüístico, al que le adjudica un carácter arbitrario. Es decir que no hay relación directa entre una cosa y el signo que la denomina. La existencia de diferentes idiomas da cuenta de esto. Pero no se trata de una arbitrariedad individual, sino social. En español, por ejemplo, usamos la palabra *perro* en tanto que en inglés usan la palabra *dog*, y en francés el vocablo *chien*. Sin embargo, cada individuo en su cultura deberá utilizar la palabra que corresponda. Por eso, repito, esa arbitrariedad es cultural y no singular.

Para entender bien el aporte de la lingüística deberíamos decir que el signo es diferente a la palabra y desarrollar con mucha más profundidad el tema. El signo tiene dos caras, significado y significante: $\frac{\text{SDO}}{\text{STE}}$. Como estamos en un campo psicoanalítico debemos aclarar que Lacan parte del signo saussureano y lo toma como arcilla para modificarlo y construir a partir de ahí sus propios conceptos.

Pero ¿cómo funciona entonces la palabra para el Psicoanálisis? ¿Cuáles son sus características diferenciales?

En *El psicoanálisis ilustrado*, Jorge Bekerman propone una analogía. Remite a un texto de Julio Cortázar que se encuentra en su libro *Historia de Cronopios y de Famas* y hace una perfecta conclusión. Me permito compartirlo con ustedes.

Preámbulo a las instrucciones para dar cuerda al reloj

Piensa esto —dice Cortázar:

Cuando te regalan un reloj, te regalan un pequeño infierno florido, una cadena de rosas, un calabozo de aire.

No te dan solamente el reloj, que los cumplas felices y esperamos que te dure porque es de buena marca, suizo con áncoras

de rubíes; no te regalan solamente ese menudo picapedrero que te atará en la muñeca y paseará contigo.

Te regalan, no lo saben, lo terrible es que no lo saben, te regalan un nuevo pedazo frágil y precario de ti mismo, algo que es tuyo pero no es tu cuerpo, que hay que atar a tu cuerpo con su correa como un bracito desesperado colgándose de tu muñeca.

Te regalan la necesidad de darle cuerda todos los días, la obligación de darle cuerda para que siga siendo un reloj, te regalan la obsesión de atender a la hora exacta en las vitrinas de las joyerías, en el anuncio por la radio, en el servicio telefónico.

Te regalan el miedo de perderlo, de que te lo roben, de que se caiga al suelo y se rompa.

Te regalan su marca, y la seguridad de que es una marca mejor que las otras, te regalan la tendencia a comparar tu reloj con los demás relojes.

No te regalan un reloj, tú eres el regalado, a ti te ofrecen para el cumpleaños del reloj.

Y concluye Bekerman que el Sujeto regalado al reloj es la versión cortazariana del Sujeto subordinado al lenguaje.

Pero ¿cómo es esto de que no somos nosotros quienes usamos al lenguaje sino que es el lenguaje el que se sirve de nosotros?

Sostuvo Coleridge que para disfrutar del arte “hay que suspender la incredulidad”. Y esto es así. Si pensáramos que quien está sufriendo sobre un escenario no es el príncipe Hamlet sino un actor que luego de la función irá a cenar con su familia, difícilmente podríamos conmovernos. Algo parecido ocurre con lo que estamos planteando. Para entenderlo hay que renunciar por un momento al sentido común, que muchas veces genera conclusiones engañosas. La sensación, por ejemplo, de que el sol se mueve y gira alrededor de la Tierra fue un error que costó muchas vidas.

Pues bien, el lenguaje como instrumento del Sujeto es como el movimiento del sol alrededor de la Tierra: pura apariencia. En realidad, no es el Sujeto el que se sirve del lenguaje, sino que, por el contrario, está subordinado a él. Y aquí empieza a aparecer la dimensión de la palabra que nos interesa a los analistas. Esa en la cual un Sujeto no habla, sino que es *hablado por el lenguaje*.

El mejor ejemplo de esto es ese fenómeno al que llamamos *lapsus linguae*. Cito una frase de un paciente que fue dejado por su mujer: “No voy a poder resistirlo. Sé que sin ella yo no voy a poder morir”.

Es claro que quiso decir lo contrario, que sin ella no le sería posible vivir, pero el lenguaje lo tomó y el Inconsciente habló por él. Y eso nos permitió ahondar en cuestiones muy profundas. ¿Qué lo mantenía unido a ella?

¿Por qué necesitaba de esa relación tan conflictiva y sufriente?

Esto es el lenguaje que a los analistas nos interesa. El lugar en el que la comunicación falla. En que el significado se desplaza de la convención hacia una significación distinta que nada tiene que ver con lo social, que es única y particular de ese Sujeto. Porque es claro que personas diferentes pueden usar las mismas palabras y estar diciendo, sin embargo, cosas muy distintas.

Y aquí recuerdo a “Pierre Menard, autor del Quijote”, ese maravilloso texto de Borges.

El cuento empieza con la protesta de un crítico a causa de la omisión del nombre del novelista Pierre Menard en un catálogo. Pierre Menard era un oscuro escritor francés, que en el siglo XIX había vuelto a escribir los capítulos noveno y trigésimo octavo de la primera parte del *Quijote*, y un fragmento del capítulo veintidós. Pero lo maravilloso es que los escribió exactamente igual que Cervantes. No cambió ni una palabra, ni una coma.

Sin embargo, el crítico sostiene que no se trata de una copia y que, incluso, la obra de Menard es muy superior al original: “más sutil e infinitamente más rico, que el de Cervantes”. En una parte del libro, Don Quijote propone una disputa entre las armas y las letras y falla en favor de las armas. Según el crítico, esto era esperable de un viejo militar como Cervantes, en cambio era un acto sublime y sorprendente viniendo de un hombre dado a la filosofía como Menard.

Borges hace en este relato algo irónico y genial, pero no está lejos de la postura con la que escucha un psicoanalista. Una escucha que sabe que dos Sujetos que utilizan exactamente las mismas palabras pueden estar diciendo cosas diferentes.

Por eso la comunicación, para el Psicoanálisis, es siempre fallida. No es posible comunicar porque no es cierto que utilicemos el mismo código y que las palabras puedan transmitir todo lo que se quiera decir. Siempre algo escapa a la voluntad del hablante y a las posibilidades mismas del lenguaje, y es ese lugar de malentendido el que nos importa. Ese instante en el que el lenguaje no sólo sorprende y deja perplejo al otro, sino al propio Sujeto que se detiene, asombrado y dice: “No sé por qué dije eso”, o “Mirá lo que dije”. Cuando eso ocurre, por lo general, el hablante pretende desecharlo aduciendo que no es lo que quiso decir, pero justamente eso que quiere tirar será lo que nosotros tomaremos. En este sentido, podemos decir que los analistas trabajamos con el basurero del lenguaje.

Sólo dos comentarios más antes de pensar cómo esto se relaciona con el caso de Alejandro.

El primero tiene que ver con una doble vertiente de la palabra: por un lado, pacífica, por otro, genera malentendido.

Supongamos que estamos esperando el colectivo a la madrugada en una esquina oscura. Si llegara alguien y se parara cerca de nosotros, de inmediato sentiríamos cierta incomodidad.

Miraríamos con disimulo y nos pondríamos tensos. Pero si alguno de los dos dijera, por ejemplo, “¿Cuánto más va a tardar este colectivo? Hace una hora que no pasa ninguno...”, percibiríamos cómo el clima se distiende y esa tensión disminuye. Podríamos, incluso, conversar amigablemente y protestar juntos por la demora. He aquí el poder pacificador de la palabra. Disminuye la tensión imaginaria que se produce cuando dos miradas desconocidas se cruzan.

Sin embargo, de todo lo antedicho, concluimos también que no hay manera de comunicar con precisión y que el malentendido es inevitable.

El segundo comentario retoma la pregunta inicial: ¿La palabra cura? Y diré que sí, pero que no se trata de cualquier palabra. Hay palabras vacías, sin contenido, que nada dicen acerca de la verdad del Sujeto y su deseo. Una palabra que se mueve en el campo de lo que Martin Heidegger denominó “la vida inauténtica”, que es la vida del “se”. Porque hablamos de los temas que “se” hablan y escuchamos la música que “se” escucha. Una vida donde los demás (el poder) imponen la agenda de nuestra existencia. Una vida que nos roba lo más importante que tenemos: la posibilidad de ser protagonistas de esta única auténtica vida que nos ha tocado vivir. Si no trabajamos con la Palabra Plena, difícilmente se produzca la cura. Por eso amo al Psicoanálisis. Porque se opone a la vida inauténtica. Porque nos invita a mirar hacia adentro y recorrer el laberinto de nuestras contradicciones intentando evitar siempre las trampas de la comodidad. Porque todas las cosas importantes de la vida (el amor, las decisiones, la verdad) siempre son incómodas.

El dispositivo analítico deshecha la palabra vacía y propicia la aparición de otra muy distinta: la Palabra Plena. Esa que surge de manera inesperada, que sorprende tanto al paciente como al analista y abre un espacio para que surja algo distinto: algo que acerca al paciente a su deseo y lo aleja de su padecimiento. Una de las tareas

más importantes del analista es propiciar las condiciones para la aparición de esa Palabra Plena.

Vayamos al caso de Alejandro.

Lo primero que me inquieta es su llamado, esa voz en el contestador que dice tener un revólver en la mano y estar decidiendo si se mata o no. Porque me obliga a discriminar si ha roto o no la relación con el lenguaje. Por lo general, quien llega a ese estado escribe una carta, hace un video o deja un mensaje después del cual pone punto final y deja de hablar. Rompe con el lenguaje y, en tanto humano, con la vida. De ser así, nada podía hacer para ayudarlo. Y debía comprobarlo. Entonces puse en juego un chiste (“no traiga el revólver, detesto las armas”). El chiste no es cualquier modo de utilizar la palabra. Supone del otro lado alguien que puede entender una ironía, una metáfora, decodificarla y reaccionar ante ella. Es decir, alguien que sigue ligado al lenguaje. Y la respuesta de Alejandro, una sonrisa, me tranquilizó.

Cuando comenzó a hablar se definió de inmediato: “sé cumplir reglas, fui soldado. Estuve en Malvinas”. Allí, sus palabras dijeron una verdad a pesar de que él mismo pensaba que estaba mintiendo. Porque *Malvinas*, para él tenía un significado inconsciente muy distinto, algo que se develaría mucho después. No se trataba de unas islas del sur. Malvinas era el frío, el hambre, la soledad y el maltrato. Eso es lo que la palabra, sería más preciso decir el significante *Malvinas*, representaba para él. Y en ese sentido, ciertamente Alejandro había estado allí.

Dijimos que el lenguaje se sirve del Sujeto y aquí podemos verlo: Alejandro creía que mentía al decir que había librado una guerra, sin embargo, más allá de su voluntad, enunció una verdad.

La verdad, en Psicoanálisis, tiene un peso y un sentido diferentes. Por eso en una sesión le dije que podía mentir si quería. Porque sé que, aunque lo hiciera, si logro establecer las condiciones necesarias, la Palabra Plena surgirá de todos modos, como lo hizo en esta oportunidad.

La distinción entre “querer matarse” y “querer morirse” también fue un detalle importante a lo largo de su tratamiento. Todo el tiempo trabajé para que no se instalara la posibilidad del suicidio, cosa que estaba latente en su pensamiento, pero en cambio propicié que se hiciera cargo de sus ganas de morir.

¿Qué era para él morir? Dejar de ser el sobreviviente de una guerra atroz. Y en ese sentido, su deseo de morir era un deseo sano. Porque apuntaba a un nuevo nacimiento, pero en otro lugar.

Todo analista debe aprender a resistir la tentación de quedar capturado por el sentido de lo que sus pacientes quieren decirle. Porque a los analistas no nos interesa lo que quieran decirnos, sino lo que en realidad dijeron. Y en especial, las palabras precisas con las que lo hicieron. Porque son las palabras las que nos indican el camino hacia ese lugar reprimido y pasado donde se esconde el motivo de su sufrimiento. Y en el caso de Alejandro había algunas palabras que se repetían demasiado: oscuridad, noche, sombras, infierno, muerte, soledad. Y por cada una de ellas me dejé guiar para ver adónde nos conducían. Si me hubiera dejado llevar por el sentido común y la palabra vacía, por lo que él quería comunicarme conscientemente, hubiera caído en la trampa y no se habría producido ningún cambio.

Por eso, es cierto que el Psicoanálisis es la cura a través de la palabra. Sin embargo, para quien se compromete en la búsqueda de la verdad, no se trata de cualquier palabra, sino de aquella que puede abrirse paso en la maleza de la resistencia e indicar un sendero difícil, pero inevitable.

Ese es el valor de la Palabra Plena. Pero, ¿plena de qué? De nosotros. De nuestra verdad. Una verdad que se impone, aunque a veces venga de la mano de una mentira. No importa. Alejandro pensaba que mentía cuando me dijo que había librado una guerra. Pero yo lo escuché, y era una Palabra Plena. Por eso le creí y la seguí hasta

que me condujo a ese lugar oscuro donde se encontraba el origen de su trauma. Porque de esa manera, a pesar de nosotros, incluso en contra de nuestra voluntad, la Palabra Plena se impone, nos avasalla, grita nuestro deseo y devela nuestra verdad. Una verdad que nos transforma en esos hombres o mujeres que no hubiéramos sido jamás de no haber emprendido el desafío del análisis.